





Ken Bruen

# EL ALIEN

Traducción de Jesús M<sup>a</sup> Abascal



ediciones Pàmies

Título original: *Taming the Alien*

Primera edición: noviembre de 2008

© 1999 by Ken Bruen

© de la traducción: Jesús M<sup>a</sup> Abascal, 2008

© de esta edición: 2008, ediciones Pàmies  
Carlos Alonso, editor  
C/ Monteverde, 11  
28042 Madrid  
editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-96952-25-6

Diseño de la cubierta: Javier Perea Unceta  
Foto de cubierta: Tom Hutchings - Stone - Getty Images

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Depósito legal:

Impreso por TECNOLOGÍA GRÁFICA, S.L.

Impreso en España

Para Izzy Bain y Noel Bruen



Conocer, conociendo, habiendo conocido el amor

Falls sabía que el tipo lo intentaría. Con semejante minifalda, era casi obligatorio. Se sentó, saboreó su copa y esperó.

Sí... ahí estaba.

—¿Te importa si me siento?

—Todavía no.

Él le echó una mirada inquisitiva.

—¿Todavía no te importa, o todavía no puedo sentarme?

Falls se encogió de hombros y trató de parecer como en casa en aquel bar. No era tarea fácil cuando eras:

a) inglesa

b) mujer

c) negra.

El tipo se sentó.

—¿Haces natación? —preguntó ella.

—¿Qué?

—Es que tienes físico de nadador.

—¿Sí? Bueno, no... No nado, no desde *Tiburón*.

Ella soltó una carcajada.

—No hay tiburones en Inglaterra.

Él sonrió. Bonitos dientes.

—¿Cuánto hace que no vas de compras por Walworth Road?

Falls volvió a reírse y pensó: «Díos Santo, si no tengo cuidado acabaré pasando un buen rato».

El tipo procedió a continuación a abrir un tema de conversación con ella. Nada brillante ni novedoso, pero con un claro objetivo.

Ella levantó un dedo y dijo:

—Alto.

—¿Qué?

—Mira, eres un tío atractivo, pero eso ya lo sabes. Tendríamos una cita, un calentón y probablemente una sesión de sexo.

—Él asintió, aunque inseguro, y ella continuó—: Sé que pasarías un buen rato, joder, lo pasarías de miedo. Y seguro que yo también. Pero luego vendrían las mentiras, las peleas, la amargura... ¿Para qué molestarse?

El tipo lo pensó un momento antes de decir:

—Me gusta más la primera parte.

—De todos modos, eres demasiado viejo —apuntilló para aplastarlo. Un bateo preciso y fuera del estadio. Resistencia cero y ni siquiera había empezado. No se sintió bien.

«Diablos», pensó. «Se supone que la venganza ha de ser dulce».

Su padre, en uno de sus escasos momentos de sobriedad, le había dicho: «Si planeas una venganza, cava dos tumbas».

Tan seguro como que él ya estaba en la suya de Shooters Hill y ella consideraba la segunda. Todo porque Eddie Dillon le había roto el corazón y hecho añicos su confianza. Casado, el muy bastardo.

Ron Fenton probó el té, espetó un par de *puajs* y *aghs* y llamó a la camarera.

—Eh, Sheila, ¿cómo puedes joderla tanto con una bolsita de té?



Sheila no contestó. El Alien era conocido en el café Walworth Road y en gran parte del sudeste de Londres. Más bien su reputación, léase que la gente que se le acercaba acababa conociendo el dolor.

Su primo había formado parte de la banda «E», un grupo de vigilantes que habían colgado traficantes de drogas de las farolas de Brixton hasta que fueron masacrados en un fumadero de crack en Coldharbour Lane. ¡Ni más ni menos!

Nadie llamaba a Fenton “El Alien” a la cara. Al menos, nunca dos veces. Leyó su poema mientras masticaba el té:

#### SIN TÍTULO

Y tenía sus libros  
de segunda mano  
casi veinte, bien ordenados  
una grabadora alemana, unos  
carteles de prisiones  
unas corbatas viejas, algunas fotos también  
y la cámara, contando mentiras.

Para el alcohol  
una taza de Snoopy  
dos zapatos prietos  
y unos vaqueros ingleses.  
Una sonrisa bobalicona  
y la chaqueta más barata  
comprada en unas rebajas.

Un cinturón  
la hebilla de hojalata... y ropa  
interior limpia, canciones sin parar  
y una resaca  
Dios bendiga la cruz

la tapadera habitual de Londres.  
Un reloj  
Timex, con correa de plástico.

Se detuvo. Recordó... cuando Stell le había visitado en la trena, pasados seis meses de sus tres años, y dijo:

—Ron, me quedé embarazada.

Y no supo que decir.

—No sé qué decir. —Y ella comenzó a gimotear—. ¿Qué... qué pasa, cariño?

Y ella levantó la cabeza, los ojos empapados de dolor.

—Ron... tuve un aborto.

Y se levantó. Lo recordaba. Tumbó de un cabezazo al primer guardia, acabó con el segundo sin ni siquiera intentarlo y entonces llegaron las cachiporras, lloviendo sobre él como la lluvia en Galway: con violencia y sin piedad.

Pasó tres meses incomunicado, perdió toda posibilidad de una reducción y se ganó un año extra. No fue una temporada dura, sino de odio constante, alimentado y dominado por una rabia que nunca decrecía. El jefe de los guardias era un tipo llamado Potter. No era el peor; en muchos sentidos era bastante decente. Aún le quedaba algo de humanidad. Le sonrió dubitativo, casi ofreciéndole un apretón de manos. Ni por esas.

Pero lo intentó de todos modos.

—Olvídala, Ron, no merece la pena.

Fenton le escupió en el uniforme.

Los otros guardias se abalanzaron sobre él, pero Potter los detuvo con un gesto de la mano.

—Esta corre de mi cuenta, Ron.

Había buscado por todos los pubs del norte de Londres. Debería haberlo pensado antes de poner un pie fuera del sudeste. Dios... ¡El norte! Highbury y toda esa mierda.

El rumor era que ella estaba en San Francisco. OK. Podía soportarlo... pero necesitaría un apoyo, un buen paracaídas. Estaba trabajando en ello...

Había empezado a escribir el poema durante su encierro, en un rollo de papel higiénico y con un bolígrafo William Hill de bolsillo.

Una de las mariquitas de la prisión le dijo:

—Puedo ver tu futuro, Ron.

—¿En serio? ¿Ves algún whisky doble en un futuro cercano?

El maricón, que se la había mamado, vio entonces el poema y dijo:

—Deberías enviar eso a alguna revista.

Tras pegarle un puñetazo en la cara, Ron dijo:

—No toques mis cosas.

Pero pensándolo mejor...

Un sábado aburrido, con el Millwall dos abajo en el marcador, ojeaba una revista cuando unas palabras le impactaron como un taco de billar:

POESÍA  
CRÍTICA GRATUITA  
PREMIOS EN METÁLICO  
PUBLICACIÓN.

Así que lo envió.

—Que se jodan si no saben aguantar una broma — solía decir a todas horas Dex el psicópata. A Dex lo encontraron de bebé en un basurero de Walworth. Tenía un ejemplar antiguo de The Big Issue<sup>1</sup> debajo de los calzoncillos. Al viejo Dex le gus-

<sup>1</sup> Periódico callejero publicado y vendido por gente sin hogar.

taba leer. Y charlar. Pero hablaba demasiado. Una mujer negra poseía su garganta en esos casos.

Ella estaba muerta.

Desde que Derek Raymond murió, todos sus personajes también.

Envió el poema.

Le contestaron:

*Estimado Ronald:*

*Si se nos permite la libertad de dirigirnos a usted de ese modo...*

Fenton pensó: “Ajá, vigila tu cartera”, pero siguió leyendo.

*Nuestro jurado especialmente seleccionado ha escogido su poema para pasar a la Gran Final. El ganador recibe mil guineas.*

*Todos los finalistas serán publicados en un volumen de lujo que tendrán todas las librerías. Como puede apreciar, el coste de impresión de un libro de semejante calidad es elevado. Por una suma de cincuenta libras, podemos reservarle su propia copia. Por favor, dese prisa porque la oferta es limitada.*

*Desde luego, su donación no afecta de ningún modo al resultado de la Gran Final, cuyo premio, como ya le hemos informado, es de ¡MIL GUINEAS!*

*Esperamos con impaciencia su pronta respuesta.*

*Suyo,*

*P. Smith, coordinador*

*The World of Poetry Inc.*

Él les contestó:

*Estimado P. Smith,  
Coja mi contribución de las mil guineas.  
Suyo,  
R. Fenton  
Convicto.*

Si se gira a la derecha desde Clapham Road, se puede caminar a lo largo de Lorn por la acera de Brixton.

Pocos lo hacen.

Brant tenía aquí su nuevo hogar. La ironía no se le escapaba.

Lorn... *forlorn*<sup>2</sup>.

Ya te digo.

Desde que lo apuñalaran por la espalda, se le había asignado trabajo de despacho. «Me cago en su puta madre», pensaba todos los días.

En su día libre iba al cementerio a poner flores en la tumba del agente Tone. No se saltaba ni una semana. Siempre que iba decía:

—Lo siento, hijo. No cuidé de ti y los muy cabrones te mataron por unos pantalones.

Menudo eslogan. *Morirás por estos pantalones.*

La pareja de las tiritas se había metido en su madriguera o en Irlanda. No tenía pruebas de que hubiesen sido ellos. Solo una corazonada. Algún día, sí... algún día seguiría su pista.

<sup>2</sup> forlorn: voz inglesa que significa “triste” o “desesperado”.

Solo el inspector jefe Roberts sabía de la implicación de Brant en el asesinato del muchacho, pero no diría nada. En cierta forma, lo cerca que estuvo Brant de su propia muerte dejaba las cosas en empate para Roberts.

Un trueque de mierda, pero oye: eran policías, no neurocirujanos.

El inspector jefe Roberts se estaba haciendo viejo. Mientras se afeitaba, se miraba en el espejo y murmuraba:

—Te estás haciendo viejo.

Arrugas profundas en la frente. El que una vez fuera su impresionante cabello gris plateado era ahora blanco como la nieve y lo tenía muy largo. Los mismos surcos en las mejillas que Clint Eastwood. Hasta Clint trataba de disimularlos. Hacer muecas de dolor mola, claro que sí... quizás hasta los cuarenta. Pero después de eso, se convierte en un gesto como de tener el vientre suelto.

A Roberts le encantaba el sol. No: lo adoraba. El sol y el críquet. Demasiados veranos y las largas horas bajo los rayos UVA habían hecho estragos. Peor aún, le habían aparecido melanomas en el pecho y en las piernas. El día que los descubrió, jadeó: «¿pero qué cojones...?»

Sabía... oh, Dios, vaya que sí... que si los muy hijoputas se volvían negros, estabas jodido. Y se volvieron negros.

—No me andaré con rodeos —le dijo el doctor.

Roberts pensó: «Oh, hágalo. Si es necesario, engañeme. Cuénteme la gran *mentira*. Ándese con todos los rodeos que quiera».

—Es cáncer de piel.

—¡Joder!

Después pensaría que se lo había tomado bien.

Se puso más enfermo solo con oír el tratamiento.

—Haremos radioterapia una vez por semana.

—¿Haremos? ¿Va a entrar conmigo?

El doctor le dedicó una sonrisa tolerante, mitad de pena, mitad de satisfacción, y continuó:

—Veremos cómo progresa con la «radio», y si no funciona pasaremos al láser.

Roberts quiso gritar: «¡Teletraspórtame, Scottie! Próxima parada... En los límites de la realidad<sup>3</sup>». Dejó que el médico acabara.

—Más tarde, eliminaremos algunos de los tumores. Un procedimiento quirúrgico menor.

—Menor para usted, colega.

El doctor ya había terminado y probablemente había quedado para jugar nueve hoyos antes de unas operaciones, así que remató:

—Le daremos hora para los lunes. Será mejor que se prepare para dos efectos secundarios:

1. Sufrirá de fatiga extrema, en el mejor de los casos.
2. Se quedará reseco. Tendrá mucha sed.

De hecho, en ese momento tenía muchísima sed.

Justo después se fue al Bricklayers. El camarero, un cretino calvo con coleta y delantal sucio, gorjeó:

—¿Qué va a ser, jefe?

—Dewars doble, por favor.

—¿Hielo, agua?

—¿No cree que ya se lo habría dicho?

—Qué susceptible.

Roberts no contestó, preguntándose cómo le sentaría al cretino la «radio». Como si la abreviatura pudiese minimizar el trauma. Sí, claro. Sigue soñando.

<sup>3</sup> Referencia a la película de ciencia ficción *Star Trek* y a la serie fantástica *The Twilight Zone*.



La otra pasión de Roberts era el cine negro de los cuarenta y cincuenta. Ahora, mientras le daba al whisky, intentaba encontrar refugio en las películas. Lo que le vino a la mente fueron las palabras de Dick Powell en *Adiós, muñeca*:

*El golpe me dio detrás de la oreja.*

*Se abrió un pozo bajo mis pies.*

*Un verdadero pozo sin fondo.*

Eso es.

Le había dado uno de diez libras al cretino de la barra, y se quedó mirando el cambio.

—Eh, amigo, aquí falta dinero.

—¿Qué? Oh... Es que me serví una para mí. Odio que la gente beba sola.

Roberts lo dejó pasar. Londinenses... Acabas cogiéndolos cariño. Poco después, el cretino se apoyó en la barra y le preguntó:

—¿Le gustan los vídeos?

—¿Perdone?

—Pelis, colega. Lo último de la cartelera, pero en tu propia casita. Como tener el West End<sup>4</sup> en tu salón.

—Te refieres a copias piratas.

—Hey, colega, baja la voz, ¿eh?

Roberts suspiró y puso su placa sobre la barra.

—Ups...

Roberts se guardó la placa y dijo:

—Pensé que en tu negocio sabrías reconocer a un poli.

—Por lo general sí, pero me despistaron dos cosas.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles?

—En primer lugar, usted tiene modales.

—¿Y...?

—Y en segundo, ha pagado la copa.

<sup>4</sup> Los principales cines de Londres se encuentran en el distrito de West End.